

¡Queridos amigos!

Como sucede con todo camino, también para ese camino cuaresmal se traza un itinerario simbólico que implica algunos espacios significativos que hay que atravesar o alcanzar para que ese misterioso viaje que la liturgia nos hace realizar pueda transformar realmente nuestra vida. De algún modo el itinerario cuaresmal obedece a una especie de geografía espiritual: está marcado por algunos lugares cuyo valor implica en profundidad nuestra vida, colocándola precisamente en el espacio del Espíritu. De hecho, comenzamos el camino colocándonos con Jesús en el desierto, el lugar de la soledad y de la verdad, donde se ponen a prueba nuestros deseos más profundos y donde se purifican para que se transformen en los deseos del Espíritu. El paso por el desierto es necesario para llegar a otro lugar, la ciudad simbólica de Jerusalén, el lugar del cumplimiento de la promesa. Pero entre el desierto y Jerusalén hay otro lugar que se nos da como etapa, en el que, al mismo tiempo, vivimos un momento de descanso y encontramos la fuerza para retomar el camino. Este lugar es un monte: un lugar apartado y elevado, desde el que se tiene la gracia de alcanzar, con una sola mirada, esa meta a la que se llega solo con esfuerzo, paso a paso, al final del viaje. Es el monte de la transfiguración en el que se nos anticipa la alegría de la luz pascual. Me gusta pensar en la experiencia de nuestra Fraternidad como un momento en el que podemos captar en su belleza, la luz del carisma, el encanto de la gran aventura espiritual del P. Marco y del P. Antonio Cavanis, la llamada emocionante y sugestiva de la misión de educar. También a nosotros, sin embargo, no se nos permite permanecer demasiado tiempo en el monte para contemplar; también a nosotros, como a Pedro, Santiago y Juan, se nos pide descender al valle y proceder entre las dificultades y las críticas de cada día, ¡pero no solos! Marcos, en el relato de la Transfiguración, nota al final del episodio: «mirando a su alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús solo con ellos» (9,8). Con nosotros está también Jesús; él nos ha llevado al monte y él nos hace descender continuando a caminar con nosotros, para guiarnos a esa meta que es también la suya.

Del Evangelio según Marcos (9, 2-10)

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, Santiago y Juan y los llevó a un monte alto, aparte, ellos solos.

Fue transfigurado delante de ellos y sus vestidos se volvieron resplandecientes, blanquísimos: ningún lavandero en la tierra podría hacerlos tan blancos. Y se les apareció Elías con Moisés y conversaron con Jesús. Al tomar la palabra, Pedro dijo a Jesús: «Rabí, es hermoso para nosotros estar aquí; hagamos tres chozas, una para ti, una para Moisés y otra para Elías». No sabía qué decir, porque estaban asustados. Vino una nube que los cubrió con su sombra y de la nube salió una voz: «Éste es mi Hijo amado: ¡escuchadlo!». Y de repente, mirando a su alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús solo con ellos.

Mientras descendían del monte, les ordenó que no contaran a nadie lo que habían visto, a menos que el Hijo del Hombre resucitara de entre los muertos. Y guardaron esto entre ellos, preguntándose qué significaba resucitar de entre los muertos.

El P. Diego Spadotto, "Padre Marco Cavanis enseña a acoger, custodiar y orientar la juventud, 15.02.2024, en www.cavanis.org:

En el cambio de época que estamos viviendo, es cada vez más difícil para los jóvenes sentirse acogidos, custodiados y sobre todo orientados por nosotros religiosos. Dicen con franqueza que no encuentran motivos para participar y permanecer en nuestras obras y actividades, y ser acompañados y orientados.

"Orientar hacia la hermosa patria del cielo" es la tercera tarea de la misión educativa. El "cielo" representa el punto de llegada del camino de la vida, la plenitud de la realización y la felicidad. Para llegar allí hay muchos caminos y muchos senderos insidiosos para elegir y para recorrer. (...)

La obra de la orientación es indudablemente una obra social que forma la relacionalidad, el respeto de los demás, la cooperación con vistas a un objetivo común, la responsabilidad, el sentido del deber, el valor del sacrificio por el bien común, aquí y ahora. Los jóvenes que crecen incapaces de una visión común, que consideran sus propios deseos como valores absolutos, se vuelven incapaces de afrontar el camino de la vida apuntando a un punto final pero también a un "cielo" aquí y ahora.

El cielo lejano no es una conquista sino un don gratuito, el cielo aquí y ahora es fruto de una obra sinfónica. Los jóvenes se enfrentan a un contexto marcado por el subjetivismo ético y el materialismo práctico, por las redes sociales intrusivas que ocupan cada vez más su imaginario, colonizan sus deseos. Y no se trata de creer en utopías irrealizables, sino de acoger la vida como un compromiso que nos hace responsables de nosotros mismos y, por tanto, del futuro. (...)

Los jóvenes nos encuentran orientadores pedantes y presuntuosos que se hacen pasar por sabe lo todo ignorantes y autorreferenciales. No somos humildes "buscadores de sentido de la existencia". El P. Marcos era amado por los jóvenes por su humildad, su buen humor, su fina ironía, su valentía. (...)